

CARTAS PARA MEMORIA DE LA FE

JESÚS, ÉL MISMO
Pudor sagrado
*Es mi Hijo... Escuchadlo*¹

Lucas 9, 28-36

*Unos ocho días después Jesús tomó consigo a Pedro, a Juan y Santiago y los llevó al monte a **orar**.*

*Mientras él oraba, cambió el aspecto de su **rostro** y sus vestidos se volvieron de una blancura resplandeciente.*

*Dos hombres, de improviso, se pusieron a hablar con él. Eran **Moisés** y **Elías**, que aparecieron con un resplandor glorioso y hablaban con él de su muerte, que iba a tener lugar en Jerusalén.*

Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, pero lograron mantenerse despiertos y vieron la gloria de Jesús y a los dos hombres que estaban con él.

*Cuando éstos se alejaban de Jesús, Pedro dijo: "Maestro, ¡**qué bien** se está aquí! Hagamos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". No sabía lo que decía.*

Mientras él estaba diciendo esto, vino una nube y los cubrió. Al entrar en la nube, los discípulos se asustaron.

*Y una voz desde la nube dijo: "**Éste es mi hijo, el elegido, escuchadlo**".*

Tan pronto como cesó la voz, Jesús se quedó solo. Los discípulos guardaron silencio, y a nadie contaron por entonces lo que habían visto.

Amigos y amigas:

Esa **contemplación** de Cristo Transfigurado viene de él mismo, es una *gracia*, una dádiva hecha a tres *elegidos*. Ellos, por su parte, han aceptado escalar la montaña, alejarse del barullo, acompañar a Jesús, escuchar la Palabra en medio del silencio. En un raptó de inspiración y luz han **visto** la identidad última de Jesús y han escuchado la **Voz**. Una experiencia que es como un anticipo de la luz pascual, esa luz que ilumina para siempre el misterio de la identidad de Jesús y la fe de los apóstoles.

Jesús se transfiguró orando. La oración es una fuente de transfiguración. También de nosotros. Merece la pena aprender a orar.

El Hecho

La *transfiguración* de Jesús es un **hecho**, pero en lo secreto de lo que **viven** los tres apóstoles. Pertenece a un orden de hechos vividos, de **vivencias** que no son directamente comunicables. Son experiencias o vivencias como las

¹ 2º DOMINGO DE CUARESMA –Ciclo C 2019

que vive el poeta, o el artista plástico, o el músico creador, o el pensador que intenta expresar la visión de la verdad, o el místico que apenas puede balbucear, (*gemidos que no pueden expresarse con palabras...*), o el enamorado... Causa extrañeza la voluntad destructiva de la propia obra en tantos creadores (como Gogol echando al fuego *Las almas muertas*, una obra maestra). O la repetición incansable de su trabajo creador, como si la obra hecha traicionara la experiencia vivida y no fuera capaz de plasmarla. Es que se daban cuenta de la distancia entre lo vivido y lo contado o puesto en sus obras, las obras que nosotros admiramos y que nos dan un atisbo de lo vivido por ellos, en el deseo de poder revivirlo nosotros. La experiencia de los tres apóstoles en la **transfiguración** de Jesús es también una vivencia más allá de las palabras y los signos. De Pedro que toma la palabra, dice el evangelista: *No sabía lo que decía*. ¿Saben de qué hablan los poetas inspirados?

Experiencias culminantes

Son experiencias que pertenecen a la categoría de lo que Maslow llamó experiencias **culminantes**, una sobre-elevación que rompe la habitualidad de lo cotidiano. En la experiencia **religiosa**, es el telón que se abre y permite contemplar los entresijos de Dios. Una experiencia culminante porque es un **fin en sí misma**, en la que no hay ninguna consecuencia moral que extraer, ni está subordinada a ninguna otra elevación. El alto de la montaña simboliza ese principio que no tiene fin, ni es instrumento de nada. La palabra **gloria** guarda todo ese significado. Los tres evangelistas sinópticos cuentan esa experiencia al decirnos que conocieron en una especie de **suspensión** del tiempo y de toda frontera – también entre la vida y la muerte, puesto que Jesús habla con dos personajes del pasado - la **gloria** de Cristo, es decir, lo que **era** realmente tras su rostro humano. Y esa experiencia marcó en los apóstoles el resto de su vida y su compromiso con Jesús. Pedro en la 2ª Carta hace memoria de la experiencia: *Esta voz la hemos escuchado nosotros, cuando bajó del cielo, mientras estábamos con él en el monte santo* (1, 18).

Éste, mi Hijo. Escuchadlo

La Palabra define el acontecimiento. Sin ella la visión sería irreconocible. Y desde ahora se impone desde el cielo el imperativo de escuchar a Jesús. Meditabundos bajan los discípulos en silencio de la montaña y vuelven al diario faenar. Lección sublime para habladores, predicadores y parlanchines. Demasiado ruido, demasiado hablar faltando a la prudente regla - largos días para **escuchar**, **pensar** y **orar**: uno para **hablar** – y a la sagrada regla de *No tomar el Santo Nombre en vano*. Es un imperativo categórico el de la Voz en lo alto de la montaña: *¡Éste es mi Hijo, escuchadlo!*...

Pudor sagrado

Llama mucho la atención la frecuencia con que Jesús impone el silencio sobre sus propias obras maravillosas. Es una sorprendente disciplina del

arcano (secreto) que los apóstoles van aprendiendo. Pero el caso de la Transfiguración (2º Domingo de Cuaresma) tiene características propias. Repasa el texto evangélico de la Transfiguración o transmutación de las apariencias de Jesús en el Monte Tabor ante tres de sus discípulos. Y recuerda que Juan el Bautista decía en sus sermones: *Hay en medio de vosotros uno a quien no conocéis*. Se refería a Jesús, el Señor, que estaba en medio - *en el centro* - de la gente, no en un rincón, en un convento, en el templo o en el desierto. Mezclado con la gente era uno de tantos. Y cierto, era el Señor, pero no se notaba. Era un indistinguido Señor. Fue cuando Jesús empezó a hacer cosas diferentes de los demás, cuando hablaba de manera diferente de los demás o hacía obras que nadie hacía, y se convertía en cierto modo en un *ex - céntrico*, cuando la gente comenzó a hacerse preguntas acerca de él. *¿Quién es éste?*

Lo que *acontece* en el Monte Tabor es en el diario vivir de los apóstoles y su relación con Jesús una experiencia cardinal en la que hubo a ojos de ellos como un desvelamiento del rostro del Señor. Otros momentos hubo en cierto modo maravillosos y que sembraban la inquietud y despertaban los *porqués* en la mente de los discípulos. Pero este momento es único y no hay palabras para expresarlo. Sólo una especie de pudor sagrado y el silencio al bajar de la montaña, que se interpone en la vuelta al diario vivir. *Los discípulos guardaron silencio, y a nadie contaron por entonces lo que habían visto*. Por entonces...

Buscad mi rostro. ¿Cómo habla el rostro y muestra el interior de cada uno! Y su presente, y su historia, ese "texto", ese cifrado de arrugas como un escrito donde consta casi petrificada la suma de nuestras alegrías y nuestras penas, ese cifrado que hay que descifrar. También el rostro de Dios nos habla de lo que hay en Él. **El rostro de Dios es Jesucristo.** *Buscad su rostro...*

En la medida en que el rostro *muestra* el ser de la persona, buscar el rostro es buscar a la persona. Y es lo que primero que miramos cuando queremos conocerla. Lo que mejor habla de la persona antes de su palabra o sus hechos.

Bernardo Beny

CITAS Y LECTURAS MEDITATIVAS

¿Por qué nosotros no?

¿Hemos tenido alguna vez y de veras la experiencia de la gracia? No nos referimos a cualquier sentimiento piadoso, a una elevación religiosa de día de fiesta o a una dulce consolación, sino a la experiencia de la gracia precisamente; a la visitación del Espíritu del Dios Trinitario, la cual se hizo realidad en Cristo, por su encarnación y muerte en cruz. ¿Pero es que se puede tener experiencia de la gracia en esta vida?...

¿Pero dónde está la verdadera experiencia? Intentemos nosotros mismos descubrirlo en nuestra propia experiencia. Sólo se puede tal vez aludir tímida y cautelosamente a algunas cosas.

¿Nos hemos callado alguna vez, a pesar de las ganas de defendernos, aunque se nos haya tratado injustamente? ¿Hemos perdonado alguna vez, a pesar de no tener por ello ninguna recompensa, y cuando el silencioso perdón era aceptado como evidente? ¿Hemos obedecido alguna vez, no por necesidad o porque de no obedecer hubiéramos tenido disgustos, sino sólo por esa realidad misteriosa, callada, inefable que llamamos Dios y su voluntad? ¿Hemos hecho algún sacrificio sin agradecimiento ni reconocimiento, hasta sin sentir ninguna satisfacción interior? ¿Hemos estado alguna vez totalmente solos? ¿Nos hemos decidido alguna vez sólo por el dictado más íntimo de nuestra conciencia, cuando no se lo podemos decir ni aclarar a nadie, cuando se está totalmente solo y se sabe que se toma una decisión que nadie le quitará a uno, de la que habrá que responder para siempre y eternamente? ¿Hemos intentado alguna vez amar a Dios cuando no nos empujaba una ola de entusiasmo sentimental, cuando uno no puede confundirse con Dios ni confundir con Dios el propio empuje vital,...? ¿Hemos cumplido un deber alguna vez, cuando aparentemente sólo se podía cumplir con el sentimiento abrasador de negarse y aniquilarse a sí mismo, cuando aparentemente sólo se podía cumplir haciendo una tontería que nadie le agradece a uno? ¿Hemos sido alguna vez buenos para con un hombre cuando no respondía ningún eco de agradecimiento ni de comprensión, y sin que fuéramos recompensados tampoco con el sentimiento de haber sido «desinteresados», decentes, etcétera?

Busquemos nosotros mismos en esas experiencias de nuestra vida, indaguemos las propias experiencias en que nos ha ocurrido algo así. Si las encontramos, es que hemos tenido la experiencia del Espíritu a que nos referimos...

Y bien: cuando hemos hecho esta experiencia del espíritu (al menos cuando la hemos hecho como cristianos que viven en la fe), hemos tenido de hecho la experiencia de lo sobrenatural. Muy anónima y tácita, quizás.

Busquemos nosotros mismos, en la consideración de nuestra vida, la experiencia de la gracia. No para decir: aquí está; la tengo. No se la puede encontrar para reclamarla triunfalmente en propiedad y posesión. Sólo se la puede buscar olvidándose a sí mismo, sólo se la puede encontrar buscando a Dios y entregándose a él con amor desinteresado, sin retornar a nosotros mismos.

K. Rahner, *Sermones bíblicos*

CARTAS PARA MEMORIA DE LA FE (2019)